

HISTORIA DE LOS PUEBLOS SIN HISTORIA



POR
LUIS E. TOGORES SÁNCHEZ
PROFESOR ADJUNTO DE HISTORIA CONTEMPORÁNEA
FACULTAD DE HUMANIDADES DE LA
UNIVERSIDAD SAN PABLO - CEU

CONFERENCIA
23 DE ABRIL DE 1999
FESTIVIDAD DE SAN ISIDORO DE SEVILLA

Edita: Universidad San Pablo - CEU
Isaac Peral n.º 58
28040 Madrid

Dep. Legal: GI 173. 1999

Diseño Gráfico: Universidad de San Pablo-CEU
Imprime: Gráficas Almaya, S. A.

Quanah Parker, de los comanches. Fotografiado por Hulchins y/o Laney en la reserva Kiowa
(para kiowas, comanches y kiowas-apaches), de Oklahoma, entre 1891 y 1893.
(*Smithsonian Institution*).

HISTORIA DE LOS PUEBLOS SIN HISTORIA.

LUIS E. TOGORES SÁNCHEZ

Profesor Adjunto de Historia Contemporánea
Universidad San Pablo – CEU de Madrid.

Excmo. Señor Rector

Excmos. Señores vicerrectores (y decanos)

Excmo. Señor Decano de la Facultad de Humanidades

Ilustre Claustro Universitario

Sres. Alumnos

Señoras y señores

*EL HISTORIADOR BRITÁNICO RAPHAEL SAMUEL DIJO YA HACE
UNA DÉCADA QUE “DESCONOCER EL PASADO DEL PAÍS EN QUE
UNO VIVE ES COMO ESTAR PRIVADO DE DERECHOS CIVILES Y
CULTURALES”.*

La festividad que hoy nos reúne, la de San Isidoro de Sevilla (570-636), patrono de la facultad de Humanidades, nos lleva a recordar, como es tradición, la personalidad de una de las figuras más destacada de la Iglesia y de la cultura española medieval.

En San Isidoro confluyen brillantemente dos de las primeras necesidades intelectuales que surgieron en los seres humanos, el conocimiento de Dios y el del hombre a través de sus hechos, es decir la Teología y la Historia. De su mano nacerán numerosos escritos de gran

importancia en estos dos campos, junto a otros dentro del enciclopedismo y la filosofía, lo que le convierte en un padre de la iglesia adecuado para ser patrono de una carrera como la de Humanidades, por ser esta acorde con la formación, inquietudes y trabajo intelectual desarrollado por San Isidoro de Sevilla hace trece siglos.

EL PRIMER HISTORIADOR.

Regresando a lo que decíamos hace unos instantes sobre las primeras preguntas que se hizo el hombre a sí mismo, desde el mismo momento en que evolucionó de ser un arcántropo a lo que hoy día somos, su naturaleza de ser racional planteó en su interior una serie de dudas de índole intelectual que desde entonces está intentando contestar. Paralelamente al proceso de elaboración de sus primera herramientas, útiles de piedra como buriles, punzones, puntas de flecha, cuchillos, etc. que colaboraban a mejorar su vida material, el hombre se planteó diversas preguntas sobre Dios y sobre su propia naturaleza.

Ya desde mucho antes de los tiempos que le tocaron vivir a nuestro patrono la Historia fue una de las grandes cuestiones objeto de la atención preferente de los seres humanos. El conocimiento del propio pasado ha despertado desde siempre un interés en nuestra especie que aún perdura, como si el paso del tiempo y el progreso de la humanidad no lograsen alterar y cambiar la necesidad del hombre de saber de dónde viene para así intentar vislumbrar a dónde va. Nuestra propia esencia nos lleva a preguntarnos quiénes fueron nuestros antecesores y qué es lo que estos hicieron.

Sin lugar a dudas el primero de los «humanistas» fue uno de nuestros más lejanos predecesores, un *Homo sapiens* que vivió en el Paleolítico hace más de 10.000 años el cual, en unos tiempos en los que

la especie humana hacía muy poco tiempo había adquirido las facultades que la sitúan en la cúpula de la pirámide evolutiva de nuestro planeta, ya recopilaba y transmitía oralmente al resto del grupo los conocimientos que de las experiencias del pasado se podían obtener. En torno al fuego, seguramente a petición de los más jóvenes, algunos individuos recordaban hazañas cinegéticas ocurridas en el pasado, revivían a los grandes cazadores ya muertos, narraban todos aquellos hechos que a su criterio merecían ser conocidos y recordados por la comunidad. En aquellas lejanas noches de hace muchos miles de años alguno de los primeros humanos, sin saberlo, al perpetuar oralmente el pasado, saciando la permanente necesidad del hombre por conocer sus orígenes, construyendo la memoria colectiva del grupo, se estaba convirtiendo en el primer historiador.

Desde entonces la Historia ha pervivido como una de nuestras necesidades más constante. A lo largo de todos los tiempos y en todas las culturas los diferentes grupos humanos han demandado saber, conocer, qué ocurrió antes de que ellos viviesen, cuáles fueron los hechos más notables de los hombres que les precedieron, cuál fue la génesis de las distintas sociedades y culturas, cómo se habían llegado a tener las cosas de las que disfrutaban y qué errores habían llevado a la desaparición o a la decadencia de pueblos y ciudades y así ver como todas estas cosas afectaban al tiempo que les había tocado vivir.

Esta necesidad llevó a que dentro del grupo de personas dedicadas al estudio de lo que conocemos por humanidades ciertos individuos se especializasen desde muy pronto en el conocimiento, conservación y difusión del pasado. Con la llegada de la escritura surgiría la figura del cronista y luego la del actual historiador, persona que ocupa todavía el mismo papel que ocupaba hace 10.000 años en la sociedad. Siendo éste, por tanto, uno de los oficios que en esencia menos ha cambiado con el paso de los tiempos, inmutable al transcurrir de los siglos, al igual que ocurre con los sacerdotes y con los guerreros.

Siempre recuerdo como en mis tiempos de estudiante el profesor Jover reflexionaba sobre el valor del trabajo del historiador comentando como los viejos libros de medicina de su padre, médico formado en el siglo XIX, resultaban no sólo anticuados sino incluso perjudiciales para la salud si los comparamos con los conocimientos y técnicas actuales de la medicina, mientras que muchos libros de historia siguen siendo fundamentales para el conocimiento del pasado a pesar de haber transcurrido varios siglos desde que se escribieron. Esta reflexión nos lleva valorar los trabajos de historiadores como Hecateo de Mileto (fines del s. VI a.C.); Herodoto de Halicarnaso (circa 480-425 a.C.) autor de una historia de la guerras médicas; Tucídides (circa 460-400 a.C) y su *Historia de la guerra del Peloponeso* como exponentes más destacados de la historiografía clásica helénica; seguidos de autores romanos como Polibio (circa 200-118 a.C.) artífice de la historia de la expansión de Roma; Plutarco (45-123 a.C.), que cultivó el género biográfico con sus *Vidas paralelas*; Julio Cesar (100-44 a.C.) con sus relatos biográficos sobre *La Guerra de las Galias* y *La guerra civil*; Cayo Salustio (87-34 a.C.) con sus narraciones sobre la crisis de la República en *La Conjuración de Catilina* o sus escritos sobre *La guerra de Yugurta*, junto a tantos otros historiadores desaparecidos cuyas obras siguen siendo una fuente fundamental hoy día para el conocimiento de nuestro pasado. Ya se sabe que no existe vieja y nueva historia, sino buena y mala historia. La buena vieja historia sigue siendo de rabiosa actualidad.

SOBRE LA BUENA Y MALA HISTORIA Y EL OFICIO DE HISTORIADOR.

Al borde ya del siglo XXI vivimos un mundo en el que la carrera espacial con objetivo Marte, los microchips, la clonación, la comida macrobiótica y los miles de cadenas de televisión por cable parecen haber sepultado en la práctica los viejos conocimientos clásicos bajo un

manto tecnológico que los convierte en obsoletos e innecesarios. El arte, la literatura, la filosofía y la historia son sustituidos por los *reality shows*, los juegos de ordenador y un aluvión de programas hablados dedicados a cuánto vale el fichaje de tal o cual futbolista extranjero, debates que pasan a ser más un programa financiero o político que uno deportivo. Todo parecer contribuir a crear la ficción que los viejos valores de nuestra civilización han desaparecido surgiendo un mundo nuevo donde la cultura con mayúscula parece tener cada día menos cabida.

En 1989 los escritos de Francis Fukuyama, en los que sostenía de manera remozada la antigua tesis hegeliana del fin de la Historia, convulsionaron momentáneamente los cimientos en los que se asentaba nuestro concepto de la Historia: la caída del muro del Berlín, como símbolo del fin de la Guerra Fría, hacía pesar a algunos la definitiva entrada en un mundo idílico en el que, como en *Un mundo feliz* de Aldous L. Huxley, ya nunca pasaría nada verdaderamente digno de ser historiado. Fukuyama se equivocaba.

La Historia sigue existiendo y tiene aún una importancia determinante en nuestra vida, mayor de lo que a primera vista puede parecer, no olvidemos el aún reciente pleito entre el Estado español y el gobierno autonómico de Cataluña sobre qué y cómo se debe de estudiar la Historia de España, o el fundamental papel que tiene la Historia en el conflicto que en la actualidad asola los Balcanes y en el que se encuentran implicadas casi todas las naciones de Europa: hace pocos días la prensa se hacía eco de cómo las tropas serbias, dentro de su campaña de limpieza étnica, estaban procediendo a la “destrucción sistemática de los archivos kosovares”, afirmando J. Shea –portavoz de la OTAN- que “están eliminando partidas de nacimiento, actas de matrimonio y títulos de propiedad, lo que equivale a robar el sentido del pasado para reescribir la Historia”.

Como vemos la Historia sigue siendo un arma de combate, convirtiéndose en algunos casos la pluma en un instrumento más peligroso que las pistolas. Es por esto por lo que debemos exigir al historiador que tenga las cualidades y preparación adecuada, que su capacidad profesional se ponga de manifiesto en su prudencia y honradez en los juicios – la prudencia civil que tanto valora Gibbon-, junto a una cierta neutralidad emocional ante los hechos que le impidan falsear o deformar el pasado a conciencia, al servicio de valores distintos a los de la propia Historia. Actitudes no tan fáciles de tener y de ejercer pues, como ya han señalado diversos historiadores, profesar esa prudencia y neutralidad puede ser empeño enojoso y difícil y, en algunos casos como los de la Guerra Civil española de 1936/39 o el análisis del franquismo, casi heroico.

La Historia es un saber explicativo, pues el historiador explica lo que previamente ha investigado, estudiado y comprendido. Esto fuerza a los historiadores a trabajar sobre la base de sus conocimientos y experiencias previas, proceso en el que los datos concretos y los juicios de valor se mezclan de forma inseparable para confluir en la emisión de un juicio de índole histórico; lo que no puede entenderse como una patente de corso para considerar que todo es relativizable y susceptible de una personal interpretación –lo que equivale a manipulación descarada en algunos casos- ajena a los contenidos que el propio hecho conlleva en sí mismo. Como afirma J. P. Fusi “no se es radical en Historia porque se es radical ideológicamente –coartada espuria de historiadores instalados en la comodidad y el conformismo-, sino porque se es radical historiográficamente”.

El trabajo del historiador era -y es- para Leopoldo Von Ranke (1795/1886) fundamentalmente dos cosas: investigación crítica y entendimiento comprensivo. Así, las características que deben definir al historiador son: información exhaustiva, objetividad, serenidad de juicio,

conocimiento crítico de las fuentes, estilo mesurado, maestría del detalle, y facultad de generalización con minuciosa exactitud.

El historiador británico Trevor-Roper en su libro *Renaissance Essays* (1985) habla de la necesidad de que la Historia esté basada en el análisis crítico y documentado de la evidencia empírica, siendo resuelta mediante una narrativa brillante e inteligente –tan difícil de lograr- y objeto de una investigación meticulosa y contrastada que se apoye en el conocimiento profundo de la problemática histórica y actual, que incorpore aportaciones de otras disciplinas y que se ocupe de grandes cuestiones, de problemas verdaderamente relevantes.

Estas valoraciones sobre el buen hacer, las cualidades y los conocimientos que debe acumular el historiador nos llevan a la tan manida cuestión de la metodología. La metodología en la historia probablemente no existe. Quizá estas palabras, que no son mías pero que suscribo, me lleven a ser sometidos a un auto de fe por algunos de mis colegas. La mejor metodología es reflexionar sobre los problemas de forma inteligente. Las llamadas nuevas metodologías sirven sólo en la medida que las aplican, desarrollan y transforman historiadores inteligentes. La mejor historiografía de ayer y de hoy sigue siendo la historia convencional hecha por mentes capaces y honradas.

En los años sesenta se produjo una revolución en la interpretación de la historia de manos de la escuela de *Annales* francesa y de la *New History* aparecida en el mundo anglosajón, lo que supuso la multiplicación de los temas de investigación junto a un nuevo enfoque en el tratamiento de los mismos: “no se trataba sólo de comunicar a la historia un sentido que le diera carácter global, coherente, y al tiempo constituyera una unidad de sentido, sino que en esa historia además se integraran esos saberes nuevos que se manifestaban como interesantes”.

Rememora el profesor Andrés Gallego en uno de sus trabajos la honda impresión que le causó un artículo aparecido en la revista *Annales* sobre como una tribu africana desplazaba sus viviendas al paso de las rozas que constituían la base de su economía; iban abandonando las chozas más alejadas del bosque y construyendo las nuevas en la parte más cercana al nuevo campo cultivado, de suerte que el conjunto de la aldea tenía forma de tortuga. Una tortuga que avanzaba por el monte muy lentamente, con paso que duraba años, siguiendo el camino de los campos cultivados. El tema resultaba, entonces y ahora, atrayente. Pero dónde enmarcar estas nuevas investigaciones en el concepto que entonces y, en buena medida, ahora tenemos de la Historia. El problema surge al intentar dar cabida a estos trabajos en una síntesis clásica o en un trabajo de alta divulgación alejado de las revistas científicas especializadas. Como señaló un maestro de historiadores su lugar era “en ninguna parte”.

La clásica compartimentación cuatripartita -economía, cultura, sociedad y política- que se ha impuesto en las síntesis de historia, especialmente en nuestra cultura latina, no permite –en buena medida por motivos de espacio y de economía intelectual- ocupar un lugar en su mundo a estas nuevas líneas de investigación a las que antes hemos aludido. Este hecho no ha impedido afortunadamente la proliferación y desarrollo de estos nuevos campos de investigación. Los intentos de hacer una nueva síntesis de la Historia sobre la base de nuevas premisas y novedosos campos de investigación han tenido un más que desigual resultado. La unificación alemana y el movimiento impresionista siguen conservando su categoría histórica muy por encima del sentido de la muerte en la Bretaña del siglo XVI o la interpretación de la historia colonial a través del cine, a pesar de ser éste tipo de temas los que aportan algo fresco y revitalizante a nuestro conocimiento del pasado.

Las numerosas investigaciones que en esta línea han surgido en las cuatro últimas décadas han evidenciado el desfase existente entre investigación y síntesis. El espacio que separa al artículo aparecido en una revista de investigación de la alta divulgación, de los manuales universitarios y escolares, enciclopedias, etc. parece insalvable. Nos encontramos como las nuevas investigaciones que surgen gracias a las tesis doctorales y a las investigaciones puntuales, y que resultan teóricamente accesibles al gran público mediante su publicación en forma de monografías, en la práctica quedan exclusivamente reservadas para un grupo muy limitado de especialistas que están permanentemente al tanto de todo lo que se publica en su campo específico de investigación. Desde la edición de una monografía sobre un tema de investigación cualquiera hasta el momento en que lo novedoso, incluso lo revolucionario, que en ella se aporta llega a ser recogido en los libros, manuales, artículos, etc. que maneja el gran público, es decir en las síntesis de mayor o menor importancia, a veces pasan décadas y en muchos casos nunca llegan a verse su reflejo.

Tenemos, así, por una parte, una historia centrada en grandes personajes, ya sean individuales o colectivos, frente a otra historia donde lo cotidiano y lo normal es elevado al papel de fundamental. Así pasamos de analizar la actuación en la historia de los grandes héroes individuales y de los sujetos históricos en su calidad de protagonistas, -ya sea Prim o Franco, Alemania o el Partido Republicano de los Estados Unidos de América-, a presentar como partes fundamentales de nuestro pasado la historia de la infancia, de la sexualidad en el Pacífico, de las estrategias matrimoniales, o de la percepción del otro en la cultura polinesia, etc. Ambas posturas conviven hoy con éxito en nuestra librerías, sobre las mesas de nuestro cuarto de lectura o en la mesilla del dormitorio.

A partir de los años sesenta esos nuevos temas, absolutamente sugerentes, que no tenían cabida en las síntesis, se han abierto un espacio importante y por otra parte lógico y necesario en la historiografía junto Bismarck o los tercios de Flandes. De tal forma que lo que parecía una insalvable dicotimía entre investigación y divulgación, grandes temas junto a investigaciones puntuales de detalle, se han visto unidos por el interés que ambos despiertan en la actualidad en el público fruto del dictado de la moda que algunos historiadores y editores han logrado imponer a la sociedad. Así junto a la tradicional y siempre poderosa historia política, en formación con la cada vez más importante historia económica –propiciada por una mercantilización imparable de la sociedad mundial- nos encontramos trabajos puntuales sobre la vida cotidiana en el antiguo Egipto o libros sobre grupos tribales amazónicos en vía de extinción, cuyos avatares históricos son en todo el mundo conocido gracias al mecenazgo que de los mismos hace algún cantante pop sumado a diversos grupos ecologistas. Esto está bien. Es fruto de una realidad, de una demanda social, pero no deja de ser en parte algo irracional. De tal forma que nos encontramos dos historias que conviven juntas, que avanzan de forma paralela, pero que parecen llamadas a no encontrarse jamás.

LOS HÉROES Y EL HÉROE HISTÓRICO.

Estas reflexiones sobre la Historia y el oficio de historiar nos lleva al problema que ahora vamos a plantear, un tema que no por ser simple en su formulación deja de ser una de las cuestiones fundamentales a la hora de pensar sobre la naturaleza de la Historia. ¿Qué o quién convierte a los hechos, a los grandes acontecimientos de la humanidad, a las figuras que los llevaron adelante, en dignos de ser recordados? ¿Es el héroe por si mismo, por sus hechos, buenos o malos, el que logra imponerse en la propia disciplina de la Historia ocupando el papel fun-

damental que su esfuerzo le ha proporcionado? ¿Es la sociedad la que elige qué figuras y qué hechos son dignos de ser recordados? ¿Es el historiador, que tiene el encargo expreso o tácito de ser la memoria de un época y de un grupo, el que al final impone qué, quiénes, pero sobre todo, cómo se debe pasar a la Historia?

A riesgo de pecar de inmodestia, no personal, sino como miembro de esta profesión, y llevado por el amor a la misma –amor y dedicación que muchas veces no comprendo pues, como saben muchos de los aquí presentes, nunca se logra ni fama ni riqueza considerable en ella, aunque en ocasiones se tiene la sensación de controlar los hilos de un gran juego- señalaría que el orden de importancia a la hora de dar valor a un suceso y convertirlo en digno de pasar a la Historia, al menos a la escrita, a aquella que se estudia en la universidades y se lee en libros de gran tiradas, lo tiene primero el historiador, luego la sociedad y finalmente el suceso en sí mismo.



En encuentro entre Napoleón III y Bismark, pintado por WILHELM CAMPHAUSEN .

Carlyle exclamó “La Historia del Mundo no es sino la Biografía de los Grandes Hombres”. Cuando este autor dio su clasificación de los héroes –el héroe divinidad, el profeta, poeta, sacerdote, el literato y el rey- proponiendo modelos de cada uno de estos, ¿no estaba haciendo la Historia en mayor medida que los propios héroes?. Su juicio romántico de seleccionador y clasificador de héroes no le convierte, en cierta forma, en uno de ellos ya que se sitúa por encima de los mismos convirtiendo sus hazañas en inmortales y por tanto en el objeto imperecedero de atención de la Historia. El héroe se convierte en héroe histórico en el momento en que el historiador lo incluye en la Historia.

Una vez llegados a este punto, y después de un quizás excesivamente largo rodeo, nos encontramos como en la Historia que la mayoría de la gente conoce, aquella que es un referente para nuestra sociedad, es la escrita por historiadores occidentales dentro de patrones cerrados y casi exclusivamente eurocéntricos. Una Historia en la que existen buenos y malos; actores principales, que monopolizan el interés general con su exclusivo pasado, y secundarios, que en algunos momentos captan la atención del lector; y, finalmente, una serie de personajes –individualidades aisladas, pequeños grupos, o pueblos enteros, incluso razas al completo- que aparecen en la Historia como figurantes, como si fueran extras de una película de gran presupuesto. En algunos casos surgen por alusión y cobran momentáneamente vida, logran alguna relevancia, pues se les necesita para poder comprender la historia de uno de los protagonistas. Luego desaparecen hasta que vuelve a ser necesitados para otro escena. Ellos son, o al menos así yo les llamé, los **Pueblos sin Historia**.

Todos los pueblos, naciones, individuos tienen su propia historia, pero los historiadores hemos relegado a muchos a carecer en la práctica de ella al ignorar su existencia de forma consciente o inconsciente. Hace ya tiempo un buen historiador amigo mío escribió que el historiador es tan veraz como pueda serlo el tramoyista que intenta recrear en el esce-

nario, ante los ojos del espectador, la realidad. La historiografía es una tramoya del pasado. Esto no tiene solución ni falta que le hace. Por ello no debemos creer que la imagen explicativa que se nos ofrece en la Historia es la realidad absoluta del pasado, es sólo la mejor reconstrucción posible, en el mejor de los casos, de ese pasado.

Por esto mismo la diferencia entre pueblos con historia y sin historia no es una clasificación objetiva, está hecha por el historiador que con su criterio selecciona y explica lo que a su juicio es más importante confiriendo la calidad de héroe histórico a unos en detrimento de otros.

Este criterio selectivo, que tomó fuerza y estableció unas normas no escritas a principios del pasado siglo, se ha perpetuado hasta la actualidad, momento en el cual el uso y la costumbre historiográfica han adquirido casi la fuerza de la realidad, del tal manera que en cierta forma han llegado a tomar rango de ley histórica.

Una vez terminados los luctuosos sucesos que conocemos por Revolución Francesa y ciclo napoleónico Europa inició un rápido y seguro camino hacia la conquista de todo el planeta. Los patrones culturales, económicos, militares, político, sociales, etc. de los europeos y de sus descendientes desparramados por los cinco continentes fueron imponiéndose sobre otros pueblos y culturas. El libre comercio, el telégrafo, la religión cristiana, el estado-nación, la democracia... se fueron implantando por todo el mundo, gracias al uso de la fuerza y la superior técnica de los occidentales, la costumbre impuesta por la colonización y también, por qué negarlo, por las ventajas y virtudes que en muchos casos conllevaban. Así, en la actualidad sólo admitimos que Guinea Ecuatorial, Indonesia y el Yemen tengan un sistema político, económico, incluso cultural semejante al que ha creado nuestra civilización occidental. Esto

no es ni bueno ni malo. sencillamente es así. La realidad es la que es y los historiadores no podemos ni debemos cambiarla.

El éxito de Occidente en imponer sus patrones al resto de la humanidad se ha producido igualmente en el campo historiográfico. El nacimiento a principios del siglo XIX en Alemania de la moderna ciencia histórica cambió el panorama hasta entonces existente. En aquellos lejanos años A. L. Schlözer afirmaba: “La historia ya no puede ser meramente la biografía de reyes, notas cronológicas exactas sobre la guerras, batallas y cambios de gobierno, ni tampoco informes sobre alianzas y revoluciones”. Se estaban abriendo el camino a la actual concepción científica y explicativa de la Historia, al triunfo del historiador gracias al “nuevo método histórico crítico”. Niebuhr y Ranke serían los artífices del cambio.

A partir de este momento la expansión de la práctica historiográfica basada en la investigación archivística fue correlativa al proceso de institucionalización y profesionalización de los estudios históricos. Escribir la historia, escudriñar en el pasado, se había convertido en una disciplina científica. Las cátedras y los departamentos de Historia proliferaron en todas las universidades europeas y americanas, colaborando activamente a que nuestra cultura sea hoy la que es, al tiempo que exportaban su modelo historiográfico a otros países paralelamente a la expansión colonial.

El siglo XIX es, sin duda, el siglo de la Historia. Junto a Ranke y su método documental-positivista también surgieron otras corrientes historiográficas que podríamos llamar Escuelas Nacionales de Historia, representadas en Inglaterra por Thomas Babington Macaulay (1800/1859) y en Francia por Jules Michelet (1789/1874). En éstas el modelo rankeano de búsqueda de la objetividad y la neutralidad no fue totalmen-



Victorio. (*Arizona Pioneers Historical Society Library*).

te asumido, manteniéndose la tesis de la interpretativa participativa del historiador en la construcción del relato histórico. Así, intelectuales como César Cantú, Luigi Farini o Carlos Troja en Italia; Fichte, Görres y los hermanos Boisserée en Alemania pondrán su pluma al servicio de la construcción de sus respectivas naciones. Su ejemplo pronto sería seguido por otros en muchas otras naciones. La Historia comenzaba a tener héroes, grandes y pequeñas potencias, surgía el *lus publicum europeum*, y de forma casi imperceptible se empezará a crear un esquema para el conocimiento del pasado en el que tendrían muy difícil cabida aquellos que no fuesen británicos, franceses, alemanes o estadounidenses.

Con la coartada de que sólo los grandes temas tienen sitio en las grandes síntesis nos encontraremos como el guión de la Historia se hará a la medida de unos pocos protagonistas. Si cogemos cualquier manual universitario de Historia Contemporánea Universal, o alguna de las Historias Universales al uso, veremos como la visión eurocéntrica –incluidos los Estados Unidos en la misma–, está marcado por el claro dominio del papel de la llamadas grandes potencias, como monopolizadoras de la Historia. Naciones occidentales como Suiza, Dinamarca, Portugal o Grecia aparecen muy contadas veces, como si fueran figurantes, su aparición en la Gran Historia parece sólo necesaria para poder hacer comprensiva la Historia de los verdaderos protagonistas, las grandes potencias.

Pero, ¿qué es un gran tema? Podríamos decir, en una primera aproximación, el que tiene como protagonista a la Humanidad al completo o a grandes grupos de la misma. También lo es aquel que, a pesar de tener cierto carácter puntual, por sus consecuencias afecta profundamente al devenir de la Historia. Pero sobre todo aquel que a los historiadores nos parece un gran tema.

Así nos encontramos como la vida y obra de Napoleón es un gran tema, al igual que la Revolución Industrial, la unificación alemana

e italiana durante el pasado siglo, la guerra de Cuba de 1895-98, o la eclosión y triunfo de los fascismo en el periodo de entreguerras. Vemos naciones como Gran Bretaña, Francia, los Estados Unidos, Rusia o Alemania que monopolizan en cierta forma en su historia contemporánea el concepto de gran tema, seguidas de cerca por naciones y pueblos como Italia, España o Turquía.

Todos conocemos a Federico el Grande, Wagner, Richelieu o al Conde Duque de Olivares, pero cuándo sabemos quiénes son Chaka y Cetwayo (reyes zulués), Quannah Parker (jefe comanche) o Victorio (apache). Es cierto que figuras como Sitting Bull (Toro Sentado) o Jerónimo nos resultan conocidas, al igual que nos suenan el Mahdi, el Raisuni o Rizal, pero sólo los conocemos por su papel en nuestra historia no por la importancia que tienen en la suya propia. Resulta fundamental, necesario, dentro de un sentido clásico del estudio de la Historia, conocer la lucha por su independencia nacional de figuras como Kossuth o Mazzini, el papel de Cromwell en la historia de Inglaterra, o el del Lutero en los avatares políticos y religiosas de Europa en la Edad Moderna. Pero cuántos de nosotros conocemos las luchas encabezadas por los héroes nacionales de los Nian, que se alzaron entre 1851 y 1868 en los confines de Shandong, Henan, Anhui y Jiangsu contra el poder manchú, llegando a amenazar a la propia capital imperial Pekín. Todos conocemos al mariscal Radetzky salvador del Imperio Austriaco, pero cuántos a sus equivalentes chinos Zeng Guofan y Li Hongzhang, que permitieron al emperador manchú conservar su imperio.

A pesar de ser en China donde se han producido las mayores insurrecciones de la historia de la humanidad, por la cantidad de personas en ellas involucradas, por los muertos que causaron y por los millones de hombres a los que afectaron, nuestros manuales las suelen ventilar en el mejor de los casos con media docena de líneas. Así otro buen ejemplo es la revuelta Taiping, que se inicia en 1851, encabezada por un

hakka –minoría de emigrantes del norte asentados en el sur de China y despreciados por todos- llamado Hong Xiuquan (1813-1864) y que asolará el este de China a lo largo de dos décadas, causando una cifra de muertos que se estiman entre los 20 y los 30 millones. Estos sucesos quedan reflejados en nuestros libros de texto como un pequeño apartado, en el mejor de los casos, dentro de las guerras del Opio.

Algo muy parecido ocurre con la guerra que asoló Luzón entre 1899 y 1916, en la que los Estados Unidos pasaron a sangre y fuego la isla entera para así lograr imponer su control colonial en la más importante de las Filipinas. Se estima que uno de cada tres isleños murió durante la guerra y subsiguiente represión norteamericana. Hechos casi desconocidos, lo que contrasta con nuestro relativo conocimiento sobre la revuelta tagala contra España de 1896/97, acaecida en el mismo escenario unos años antes. La historiografía nacionalista estadounidense, de ayer y de hoy, ha tenido y tiene buen cuidado en que no se conozca su actuación militar y colonial de su país en Filipinas tras la salida de España del archipiélago, haciendo desaparecer una parte de la Historia, al igual que sus excavadoras hicieron desaparecer la mayor parte de los restos de la presencia española en Manila y en todo el archipiélago, para así favorecer su propia colonización. La historiografía yanqui ha convertido a los filipinos en un pueblo sin historia.

Como vemos la mayor parte de las naciones y pueblos de Asia, Africa, Sudamérica y el Pacífico sólo aparecen como escenario de la colonización, y no en todos los casos. Así, por ejemplo, cuántos de nosotros sabemos algo de la colonización holandesa de Indonesia, o de la alemana de Namibia o Nueva Zelanda. Y por supuesto menos aún sabemos de los pueblos y culturas nativas allí existentes. Sólo el ratón de biblioteca, el apasionado por *National Geographic* y las monografías inencontrables algo puede conocer. Para el resto de nosotros los suizos, los tamiles, los estonios y los habitantes de Papúa-Nueva Guinea son en la práctica pueblos sin historia.

El criterio que les ha llevado a convertirse en pueblos sin historia es única y exclusivamente el éxito de la tradición historiográfica surgida en el siglo XIX, a la que antes nos hemos referido, que les ha relegado al olvido, lugar donde por lo general los historiadores los hemos mantenido. Olvido que no se produce en las monografías, artículos científicos, tesis doctorales, etc. que elaboramos, sino sólo en aquellas páginas que están dedicadas a la alta divulgación y la extensión del conocimiento entre los más por los menos. Todo esto hace parecer como si los historiadores quisiésemos conservar sólo para nosotros la Historia de los pueblos sin Historia, y no es así, lo que pasa es que muchas veces no recordamos que esta parte de la Historia existe. Vencidos por nuestra propias reglas no escritas nos dejamos arrastrar por la propia tradición histórica del oficio de historiar que nos lleva de forma semiinconsciente a mantener en la sombra, entre los figurantes y extras, a esa gran parte de la humanidad que son esos pueblos que, con razón o sin ella, a mí me parecen, a veces, que no tienen Historia. Gracias.

Madrid, 6 de abril de 1999.